



unánimes

Estudios bíblicos

L: Los atributos de Dios

08.- La santidad de Dios

19/mar/15

Para comentarios y dudas: www.unanimes.org/foro/



unanimes

Estudios Bíblicos

L.08.- La santidad de Dios

1. Introducción

En la medida que nos acercamos al tema de la santidad de Dios, debemos recordar la importancia de este atributo divino. R.C. Sproul hace esta observación basándose en Isaías 6:

“La Biblia dice que Dios es santo, santo, santo. No dice que Dios es simplemente santo, ni siquiera santo, santo. Él es santo, santo, santo. La Biblia nunca dice que Dios es amor, amor, amor o misericordia, misericordia, misericordia o ira, ira, ira o justicia, justicia, justicia. Dice que Él es santo, santo, santo y que toda la tierra esta llena de Su gloria”.

2. Definición de santidad

El término ‘santo’, con frecuencia se comprende más bien en su uso contemporáneo más que en el verdadero significado, según las Escrituras. Por esta razón, nuestro estudio debe comenzar con la revisión de varias dimensiones de la definición de santidad:

2.1. Ser santo es ser distinto, es ser separado

R.C. Sproul lo expresa de la siguiente forma:

“El primer significado de *santo* es ‘separado’. Viene de la antigua palabra cuyo significado era: ‘cortar’, o ‘separar’. Tal vez la frase ‘cortar sobre algo’, sería más precisa. Cuando encontramos una prenda de vestir u otra mercadería que es superior, que tiene una excelencia superior, usamos la expresión que este artículo ‘está cortado sobre el resto’”.

Esto significa que quien es santo, es santo en sí mismo, sin rivales o competencia. Cuando la Biblia dice que Dios es santo, básicamente significa que Dios está trascendentalmente separado. Está tan por encima y tan lejos de nosotros, que pareciera que fuera totalmente extraño. Ser santo es ser ‘otro’, ser diferente de una forma especial.

1 Samuel 2:2

No hay santo como Jehová; porque no hay ninguno fuera de ti ni refugio como el Dios nuestro.

Salmo 86:8-10

Señor, ninguno hay como tú entre los dioses ni obras que igualen tus obras. Todas las naciones que hiciste vendrán y adorarán delante de ti, Señor, y glorificarán tu nombre, porque tú eres grande y hacedor de maravillas; ¡solo tú eres Dios!

2.2. Ser santo es ser moralmente puro

Cuando las cosas son hechas santas, cuando son consagradas, se apartan en pureza. Son para ser usadas de una forma pura. Deben reflejar tanto pureza como el hecho

de estar apartadas. La pureza no se excluye de la idea de lo santo; está contenida en ello. Pero lo que debemos recordar es la idea que lo santo nunca es sobrepasado por la idea de la pureza. Incluye la pureza; pero es mucho más que eso. Es pureza y trascendencia. Es una pureza trascendental.

Salmo 24:3-5

¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas ni ha jurado con engaño. Él recibirá bendición de Jehová y justicia del Dios de salvación.

Isaías 6:3-5

Y el uno al otro daba voces diciendo:

«¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos! ¡Toda la tierra está llena de su gloria!»

Los quicios de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la Casa se llenó de humo. Entonces dije:

«¡Ay de mí que soy muerto!, porque siendo hombre inmundo de labios y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.»

2.3. Dios es santo en relación a cada uno de sus atributos

Cuando usamos la palabra *santo* para describir a Dios, nos enfrentamos con otro problema. A menudo describimos a Dios, con una lista de cualidades o características a las que llamamos atributos. Decimos que Dios es espíritu, que Él lo sabe todo, que Él es amor, justo, misericordioso, que tiene gracia, etc. Tenemos la tendencia de agregar la santidad a esta larga lista de atributos, como uno más entre muchos. Pero cuando la palabra *santo* es aplicada a Dios, no significa un solo atributo. Por el contrario, Dios es llamado santo en un sentido general. La palabra es usada como un sinónimo de Su deidad. Es decir, la palabra *deidad* va dirigida a todo lo que es Dios. Nos recuerda que Su amor es santo, que Su justicia es una justicia santa, que Su misericordia es una misericordia santa, que Su conocimiento es un conocimiento santo, que Su espíritu es un espíritu santo.

3. ¿Cuán importante es la Santidad?

La santidad de Dios no es solamente un tema teológico apropiado para estudiosos con interés y vigor para conseguir comprenderla. En realidad, la santidad de Dios es un tema de gran importancia para todas las almas vivientes. El cristiano debiera preocuparse en forma especial de la santidad de Dios. Muchos incidentes en el Nuevo Testamento, acentúan la importancia de la santidad, a los creyentes. Estos ejemplos son sólo algunos de los tantos que aparecen en las Escrituras, relacionados con la santidad de Dios y su impacto sobre los santos.

3.1. Moisés y la santidad de Dios

Números 20:1-13

Llegaron los hijos de Israel, toda la congregación, al desierto de Zin, en el primer mes, y acampó el pueblo en Cades. Allí murió María, y allí fue sepultada.

Porque no había agua para la congregación, se juntaron contra Moisés y Aarón. Y el pueblo se quejó contra Moisés, diciendo:

«¡Ojalá hubiéramos muerto cuando perecieron nuestros hermanos delante de Jehová! ¿Por qué hiciste venir la congregación de Jehová a este desierto, para que muramos aquí nosotros y nuestras bestias? ¿Y por qué nos has hecho subir de Egipto, para traernos a este horrible lugar? No es un lugar de sementera, de higueras, de viñas ni de granados, ni aun de agua para beber.»

Moisés y Aarón, apartándose de la congregación, fueron a la puerta del Tabernáculo de reunión y se postraron sobre sus rostros. Entonces la gloria de Jehová se les apareció. Y Jehová dijo a Moisés:

«Toma la vara y reúne a la congregación, tú con tu hermano Aarón, y hablad a la peña a la vista de ellos. Ella dará su agua; así sacarás para ellos aguas de la peña, y darás de beber a la congregación y a sus bestias.»

Entonces Moisés tomó la vara de delante de Jehová, como él le mandó. Reunieron Moisés y Aarón a la congregación delante de la peña, y él les dijo:

«¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Haremos salir agua de esta peña para vosotros?»

Y alzando su mano, Moisés golpeó la peña con su vara dos veces. Brotó agua en abundancia, y bebió la congregación y sus bestias. Pero Jehová dijo a Moisés y a Aarón:

«Por cuanto no creísteis en mí, para santificarme delante de los hijos de Israel, por tanto, no entraréis con esta congregación en la tierra que les he dado.»

Éstas son las aguas de la rencilla, por las cuales contendieron los hijos de Israel con Jehová, y él manifestó su santidad en medio de ellos.

Números 27:12-14

Jehová dijo a Moisés:

—Sube a este monte Abarim y verás la tierra que he dado a los hijos de Israel. Después que la hayas visto, tú también serás reunido con tu pueblo, como fue reunido tu hermano Aarón. Pues fuisteis rebeldes a mi mandato en el desierto de Zin, en la rencilla de la congregación, no santificándome en las aguas a los ojos de ellos. Éstas son las aguas de la rencilla de Cades, en el desierto de Zin.

Moisés tenía una buena razón para estar enojado con los israelitas. Eran en realidad “**un pueblo duro de cerviz**”, tal como Dios mismo lo dijo. Los israelitas llegaron a Cades, un lugar cuyo nombre significa ‘santo’. Allí, María murió y fue sepultada. En Cades no había agua para que el pueblo bebiera. El pueblo se comportaba de manera hostil y una multitud contendió con Moisés y con Aarón, deseando estar muertos, o

incluso mejor, que lo estuvieran Moisés y Aarón. Protestaron que no habían sido ‘conducidos’ por Moisés, sino que ‘mal llevados’ por él a una tierra muy distinta a la que se les había prometido. Y el hecho que allí no hubiera agua, era lo último que les podía suceder.

Moisés y Aarón se dirigieron a la puerta del tabernáculo de reunión y allí la gloria de Jehová se les apareció. Entonces Dios le ordenó a Moisés que tomara su vara y le hablara a la roca, de la cual manaría agua para el pueblo. Moisés estaba furioso con ellos mientras los reunía delante de la roca. Más tarde, Pablo identificaría **“la roca espiritual”**, con Cristo:

1 Corintios 10:1-4

No quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, y todos pasaron el mar; que todos, en unión con Moisés, fueron bautizados en la nube y en el mar, todos comieron el mismo alimento espiritual y todos bebieron la misma bebida espiritual, porque bebían de la roca espiritual que los seguía. Esa roca era Cristo.

En lugar de hablarle tan sólo a la roca, como se le había ordenado, en su ira Moisés la golpeó dos veces. Las consecuencias fueron realmente graves. ¿Quién no ha perdido su temperamento y hecho cosas peores que golpear dos veces una roca con una vara? Pero esta acción fue tan seria a los ojos de Dios, que le prohibió a Moisés entrar a la tierra prometida. Moisés vio la tierra de la que ya estaba tan cerca pero nunca entró. ¿Por qué? Dios le dijo y lo registró para nosotros: **“por cuanto no creísteis en mí, para santificarme delante de los hijos de Israel...”** (Números 20:12). Y al tratar Dios severamente a Moisés por su transgresión, se dice que Dios **“se santificó a sí mismo”** (versículo 13).

En un momento de ira, Moisés pecó y por ese pecado se le negó la entrada a la tierra prometida. La causa, haber golpeado la roca. Pero fue mucho más que eso. Golpear la roca fue un acto de desobediencia, no siguió las instrucciones de Dios. Aún más, Dios lo consideró como un acto de incredulidad: “Por cuanto no creísteis en mí, para santificarme delante de los hijos de Israel, por tanto, no meteréis esta congregación en la tierra que les he dado” (versículo 12).

Podríamos pensar que el pecado de Moisés había sido simplemente golpear la roca, que de alguna manera, como la zarza ardiente de años anteriores, era una manifestación de la presencia de Dios. La raíz del pecado fue la irreverencia y ésta la causa de la desobediencia de Moisés por haber golpeado la roca. La ira de Moisés con el pueblo, sobrepasó su temor de Dios. El temor de Dios debió haber superado su ira con los israelitas. Dios consideró la irreverencia de Moisés, como algo muy grave.

3.2. Uza y la Santidad de Dios

2 Samuel 6:1-11

David volvió a reunir a todos los escogidos de Israel, treinta mil hombres. Se levantó David y partió de Baala de Judá con todo el pueblo que lo acompañaba para trasladar de allí el Arca de Dios, sobre la cual era invocado el nombre de Jehová de los ejércitos, que tiene su trono entre los querubines. Pusieron el Arca de Dios sobre un carro nuevo, y se la llevaron de la casa de Abinadab, que estaba en la colina. Uza y Ahío, hijos de Abinadab, guiaban el carro nuevo. Mientras se llevaban de la casa de Abinadab, que estaba en la colina, el Arca de Dios, Ahío iba delante del Arca. David y toda la casa de Israel danzaban delante de Jehová con toda clase de instrumentos de madera de haya, con arpas, salterios, panderos, flautas y címbalos. Cuando llegaron a la era de Nacón, Uza extendió su mano hacia el Arca de Dios y la sostuvo, pues los bueyes tropezaban. Entonces el furor de Jehová se encendió contra Uza: allí mismo lo hirió Dios por aquella temeridad, y cayó allí muerto junto al Arca de Dios.

David se entristeció por haber herido Jehová a Uza, y fue llamado aquel lugar Pérez-uza, hasta el día de hoy. Y temiendo David a Jehová aquel día, dijo: «¿Cómo ha de entrar en mi casa el Arca de Jehová?» De modo que David no quiso llevar a su casa, a la ciudad de David, el Arca de Jehová, sino que la hizo llevar a casa de Obed-edom, el geteo. Y estuvo el Arca de Jehová en casa de Obed-edom, el geteo, tres meses; y bendijo Jehová a Obed-edom y a toda su casa.

Los filisteos habían capturado el arca de Dios y pensaron dejárselo como trofeo de guerra. Pronto se les hizo evidente que el arca era la fuente de muchos sufrimientos para ellos. La hicieron circular y finalmente, decidieron deshacerse del ella devolviéndola a Israel. La transportaron de la forma en que los sacerdotes y adivinos filisteos lo recomendaron. Pusieron sobre ella una ofrenda de oro de expiación por sus faltas y la colocaron en un carro nuevo tirado por dos vacas recién separadas de sus terneros. Si los filisteos no pudieron estar en la presencia del Dios Santo de Israel, tampoco lo podía hacer el pueblo de Bet-semes, donde llegó el arca:

1 Samuel 6:19-21

Entonces Dios hizo morir a los hombres de Bet-semes, porque habían mirado dentro del Arca de Jehová. Hizo morir a cincuenta mil setenta hombres del pueblo. Y lloró el pueblo, porque Jehová lo había herido con una mortandad tan grande. Los de Bet-semes dijeron: «¿Quién podrá estar delante de Jehová, el Dios santo? ¿A quién la enviaremos nosotros?» Entonces enviaron mensajeros a los habitantes de Qiriat-jearim, diciendo: «Los filisteos han devuelto el Arca de Jehová; descendad, pues, y lleváosla.»

Los hombres de Quiriat-jearim vinieron y tomaron el arca de Jehová y la condujeron a la casa de Abinadab y consagraron a su hijo Eleazar para que la cuidara, donde permaneció durante 20 años. Finalmente, David, acompañado por 30.000 israelitas fueron a Quiriat-jearim para llevar el arca a Jerusalén.

El arca era el símbolo de la presencia de Dios, un objeto muy santo, que debía estar escondida en el lugar más santo del tabernáculo, el “**el lugar santísimo**”. De acuerdo a las instrucciones de Dios, debía ser transportada por los hijos de Coat, quienes la llevaron sosteniéndola sobre varas insertados en anillos. Nadie debía mirar dentro del arca, o moriría.

El día en que el arca fue transportada a Jerusalén, fue de gran gozo y alegría. Pero habían olvidado cuán santa era el arca, porque era el lugar donde se manifestaba la presencia de Dios. En lugar de transportar el arca de acuerdo a lo que la ley instruí, ésta fue ubicada en un carro nuevo tirado por bueyes. Era una procesión llena de júbilo. Qué momento tan feliz. Pero cuando los bueyes tropezaron y parecía que el carro se daría vuelta, Uza se acercó para afirmarla. En forma instantánea, fue muerto por Dios.

La primera respuesta de David fue frustración e ira en contra de Dios. ¿Por qué Dios había sido tan severo con Uza? Al parecer, David había olvidado las instrucciones dadas por Dios en la Ley con respecto a cómo debía transportarse el arca. También parece que olvidó cuántos más habían muerto previamente al no haber demostrado la reverencia necesaria en la presencia de Dios. Él había arruinado la celebración y David se disgustó. Sólo después de haber reflexionado, David consideró la gravedad del error. Y con relación a Uza, Dios le hizo morir debido a su irreverencia.

La irreverencia es una enfermedad peligrosa. Incluso cuando nuestros motivos son sinceros y nos vemos activamente involucrados en la adoración a Dios, debemos recordar constantemente Su santidad y ser reverentes hacia Él, lo que se manifiesta por medio de la obediencia a Sus instrucciones y mandamientos.

3.3. Isaías y la santidad de Dios

Isaías 6:1-10

El año en que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el Templo. Por encima de él había serafines. Cada uno tenía seis alas: con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies y con dos volaban. 3 Y el uno al otro daba voces diciendo:

«¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos! ¡Toda la tierra está llena de su gloria!»

Los quicios de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la Casa se llenó de humo. Entonces dije:

«¡Ay de mí que soy muerto!, porque siendo hombre inmundo de labios y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.»

Y voló hacia mí uno de los serafines, trayendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas. Tocando con él sobre mi boca, dijo:

—He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa y limpio tu pecado.

Después oí la voz del Señor, que decía:

—¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?

Entonces respondí yo:

—Heme aquí, envíame a mí.

Y dijo:

—Anda, y dile a este pueblo:

“Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, pero no comprendáis.” Embota el corazón de este pueblo, endurece sus oídos y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos ni oiga con sus oídos ni su corazón entienda, ni se convierta y haya para él sanidad.

Pareciera ser que la muerte de Uzías marcó el fin de una era, una era dorada para Judá. Los ‘buenos tiempos’, se acabaron y estaban por iniciarse los ‘tiempos difíciles’, como lo indica el texto El ministerio de Isaías se inicia desde el punto de vista humano, en la peor época posible. Su ministerio no sería considerado exitoso (como lo fueron muchos de los demás profetas de la antigüedad). Él y su mensaje serían rechazados. ¿Qué necesitó Isaías para tener una perspectiva apropiada y resistencia para perseverar en tan duros momentos? La respuesta: una visión de la santidad de Dios.

Esto es precisamente lo que Dios le dio a Isaías —una revelación dramática de Su santidad. Él vio al Señor sentado en Su trono, en lo alto mientras era exaltado. Los ángeles que estaban bajo Él, eran magníficos y hablaban los unos con los otros, diciendo: **“Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra esta llena de su gloria”**. La tierra tembló y el templo fue lleno de humo. Fue una visión dramática de Dios y de Su santidad, tal como desearíamos verla.

La respuesta de Isaías, está lejos de lo que oímos en nuestros días de muchos que dicen enseñar la verdad bíblica. No se dejó impresionar por lo que él ‘significaba’. Su ‘autoestima’ no fue realzada. Sucedió todo lo contrario. La visión de la santidad de Dios, le hizo ver su pecado al máximo y lamentarse de ello. Si Dios era santo, Isaías tomó plena conciencia que él no lo era. Isaías confesó su propia impiedad y la de su

pueblo. Lo más importante es que Isaías ve su maldad (y la de su pueblo), evidenciada en sus 'labios'. Isaías confesó que era un hombre “**de labios impuros**” y que vivía entre un pueblo con el mismo mal. ¿Cómo fue capaz Isaías de estar tan consciente de su pecado incluso en su forma de hablar?

Observemos que la maldad que Isaías reconoció estaba en sus labios y hacia ellos fue dirigida la curación. Uno de los serafines tocó la boca de Isaías con un carbón encendido, limpiando simbólicamente su boca y a él mismo. ¿Cuál era el propósito de Dios para Isaías en esta visión? Seguramente Dios quería que la visión de Su santidad tuviera un gran impacto en lo que Isaías diría y en cómo lo diría.

El mensaje y el significado de Isaías 6, es mucho más fácil de comprender a la luz de las enseñanzas de Pablo. Al parecer, Pablo fue acusado de haber sido torpe al hablar, mientras que otros (especialmente los falso apóstoles que buscaban seguidores entre los corintios), fascinaban a la gente empleando técnicas persuasivas y entretenidas. Pero la intención de Pablo era complacer a Dios y no a los hombres. Prefirió hablar la verdad en los términos más simples y claros, de manera que los hombres se convencieran y convirtieran en forma natural, más que persuadirlos con la inteligencia humana:

1 Corintios 2:1-5.

Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría, pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fueron con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.

Isaías debía servir como profeta en una época en que su mensaje sería rechazado y resistido. La predisposición del hombre al pecado y el evitar el dolor y la persecución de la cual iba a ser objeto, fueron muy tentadores para alterar el mensaje y el método manifestado por Dios a Isaías. Dios, para motivar a Isaías, le mostró Su santidad y así lo hizo fiel a su llamado y al mensaje que se le iba a entregar. Isaías nunca perdió la visión de Aquel a quien servía y a quien debía tanto temer como agradecer.

La gloria de su mensaje y de su ministerio, estaba en Aquel quien se los dio, Aquel a quien servía. En alguna medida, Pablo tuvo una experiencia similar al inicio de su ministerio: en su conversión, él vio la gloria de Dios y nunca la olvidó. La gloria de su mensaje y de su ministerio, le sostuvo incluso en medio de sufrimientos, adversi-

dad y rechazo. Pablo fue fiel a su llamado y al mensaje que se le dio para ser entregado, incluso hasta la muerte.

4. La santidad de Jesucristo

Las promesas de la venida del Mesías en el Antiguo Testamento, se fueron haciendo cada vez más específicas hasta que se hizo evidente que este no sólo sería un ser humano, sino que además un ser divino:

Isaías 9:6-7

Porque un niño nos ha nacido, hijo nos ha sido dado, y el principado sobre su hombro. Se llamará su nombre «Admirable consejero», «Dios fuerte», «Padre eterno», «Príncipe de Paz».

Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre.

El celo de Jehová de los ejércitos hará esto.

Miqueas 5:2

Pero tú, Belén Efrata, tan pequeña entre las familias de Judá, de ti ha de salir el que será Señor en Israel; sus orígenes se remontan al inicio de los tiempos, a los días de la eternidad.

Como tal, debía ser santo. Y así, cuando el ángel le dijo a María del niño que milagrosamente nacería de ella, una virgen, claramente dijo que ese niño era un “Santo Ser”:

Lucas 1:35

Respondiendo el ángel, le dijo:

—El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que va a nacer será llamado Hijo de Dios.

A través de la vida y del ministerio del Señor en la tierra, se hizo muy evidente que no era un hombre ordinario, sino que Él era más que un profeta y más que un simple hombre. Era el Hijo de Dios. Incluso los demonios tuvieron que reconocerlo como “**el Santo de Dios**”:

Marcos 1:24

—¡Ah! ¿Qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres: el Santo de Dios.

Las cosas que Jesús dijo e hizo, le marcaron como Aquel cuya cabeza y hombros sobrepasaban a cualquier otro ser (humano). Pedro era un pescador profesional; pero cuando obedecía las instrucciones del Señor Jesús, los resultados eran asombrosos. La respuesta de Pedro fue adecuada:

Lucas 5:4-8

Cuando terminó de hablar, dijo a Simón:

—Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar.

Respondiendo Simón, le dijo:

—Maestro, toda la noche hemos estado trabajando y nada hemos pescado; pero en tu palabra echaré la red.

Cuando lo hicieron, recogieron tal cantidad de peces que su red se rompía. Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca para que acudieran a ayudarlos. Ellos vinieron y llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían. Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo:

—Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador.

Los milagros y señales llevados a cabo por Jesús en la primera etapa de Su ministerio en la tierra, indicaron Su santidad tanto como los eventos ocurridos alrededor de Su muerte. La oscuridad sobrenatural que se produjo durante tres horas y la rasgadura del velo del templo junto con otros factores, provocaron que la multitud se alejara sobrecogida por lo que habían visto y oído:

Lucas 23:44-48

Cuando era como la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. El sol se oscureció y el velo del Templo se rasgó por la mitad. Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo:

—Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Habiendo dicho esto, expiró.

Cuando el centurión vio lo que había acontecido, dio gloria a Dios diciendo:

—Verdaderamente este hombre era justo.

Toda la multitud de los que estaban presentes en este espectáculo, viendo lo que había acontecido, se volvían golpeándose el pecho.

Pedro y Pablo, no sólo proclamaron la resurrección de Jesús de los muertos como el cumplimiento de la profecía sino también proclamaron que es “**el Hijo Único**” de Dios, a quien Dios no lo haría pasar por la corrupción, porque Él era santo. La resurrección de Jesús de los muertos, no sólo justifica la afirmación que hiciera Jesús de ser el Mesías de Israel. También demuestra que es el prometido “**Hijo Único**” de Dios. La resurrección es el sello de aprobación de la santidad de Jesucristo.

Con mucha frecuencia nos vemos a nosotros mismos pensando en Jesús como cuando Él caminaba por este mundo durante Su ministerio de tres años. En realidad, Su resurrección de los muertos le cambió, de modo que ya no posee un cuerpo terrenal, sino que ahora está glorificado por Su cuerpo transformado. Su gloria y santidad ya no están encubiertas, por lo que la descripción que se hace de Jesús en el Libro del Apocalipsis, es la descripción que corresponde a como es Él ahora y siempre. El Juan que alguna vez caminó con nuestro Señor y que incluso se reclinó en Su pecho, ahora cae delante de Él como un hombre muerto, sobrepasado por Su santidad y gloria.

Apocalipsis 1:12-19

Me volví para ver la voz que hablaba conmigo. Y vuelto, vi siete candelabros de oro, y en medio de los siete candelabros a uno semejante al Hijo del hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y tenía el pecho ceñido con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos, como llama de fuego. Sus pies eran semejantes al bronce pulido, refulgente como en un horno, y su voz como el estruendo de muchas aguas. En su diestra tenía siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos y su rostro era como el sol cuando resplandece con toda su fuerza.

Cuando lo vi, caí a sus pies como muerto. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: «No temas. Yo soy el primero y el último, el que vive. Estuve muerto, pero vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades. Escribe, pues, las cosas que has visto, las que son y las que han de ser después de éstas.»

5. La santidad de Dios y de la Iglesia

La historia de Ananías y Safira, es familiar para los cristianos. En los primeros días de la iglesia, existía una gran preocupación por los pobres. Cuando surgía la necesidad, los santos vendían algunas de sus posesiones y llevaban el producto de estas ventas a los pies de los apóstoles, para su distribución:

Hechos 2:44-45

Todos los que habían creído estaban juntos y tenían en común todas las cosas: vendían sus propiedades y sus bienes y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno.

Hechos 4:34-37

Así que no había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el producto de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad. Entonces José, a quien los apóstoles pusieron por sobrenombre Bernabé (que significa «Hijo de consolación»), levita, natural de Chipre, vendió una heredad que tenía y trajo el producto de la venta y lo puso a los pies de los apóstoles.

Ananías y Safira así lo hicieron; pero con un corazón dividido y en una forma engañosa. Vendieron una parte de su propiedad; pero se dejaron para ellos una parte del producto de la venta. Dieron una parte del dinero a los apóstoles, como si fuera todo lo que habían percibido de aquella venta. Cuando su pecado quedó expuesto frente a Pedro, éste los confrontó y ambos murieron. Gran temor sobrevino en toda la iglesia, sin mencionar el que tuvo el resto de la comunidad. Leamos el texto:

Hechos 5:1-10

Pero cierto hombre llamado Ananías, con Safira, su mujer, vendió una heredad, y sustrajo parte del precio, sabiéndolo también su mujer; luego llevó solo el resto y lo puso a los pies de los apóstoles. Pedro le dijo:

—Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieras al Espíritu Santo y sustrajeras del producto de la venta de la heredad? Reteniéndola, ¿no te quedaba a ti?, y vendida, ¿no estaba en tu poder? ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios.

Al oír Ananías estas palabras, cayó y expiró. Y sobrevino un gran temor sobre todos los que lo oyeron. Entonces se levantaron los jóvenes, lo envolvieron, lo sacaron y lo sepultaron.

Pasado un lapso como de tres horas, sucedió que entró su mujer, sin saber lo que había acontecido. Entonces Pedro le dijo:

—Dime, ¿vendisteis en tanto la heredad?

Y ella dijo:

—Sí, en tanto.

Pedro le dijo:

—¿Por qué convinisteis en tentar al Espíritu del Señor? He aquí a la puerta los pies de los que han sepultado a tu marido, y te sacarán a ti.

Al instante ella cayó a los pies de él, y expiró. Cuando entraron los jóvenes, la hallaron muerta; la sacaron y la sepultaron junto a su marido.

En los análisis de este texto, siempre nos hemos concentrado en el hecho que esta pareja mintió, lo que realmente hicieron. Pero en el contexto del estudio de la santidad de Dios, parecieran más importantes dos detalles sobre los cuales ya había reflexionado antes. Primero, ambos mintieron al Espíritu Santo. Su engaño fue una ofensa a la santidad de Dios. También fue un acto que pudiera haber tenido sobre la iglesia, un efecto dañino de emulación. Del mismo modo que la generosidad de Bernabé estimuló a otros a dar de la misma forma, la acción engañosa y de corazón dividido de Ananías y su mujer, podría haber afectado adversamente a otros en la iglesia, animándoles a hacer lo mismo. Recordemos que ahora es la iglesia el lugar donde mora Dios en la tierra. Dios es santo y por lo tanto Su iglesia debe ser santa también. El pecado de Ananías y Safira fue una afrenta a la santidad de Dios y a Su iglesia.

Aún más, Lucas incluye un comentario sobre el efecto que la muerte de Ananías y Safira tuvo sobre la iglesia y la comunidad. Un gran temor sobrevino sobre toda la iglesia y sobre todos quienes oyeron de esto. Los no creyentes temerosos, prefirieron mantenerse alejados de la iglesia y los santos fueron motivados a mantener distancia del mundo (en lo que se refiere a sus pecados).

El temor es la respuesta de los hombres a la santidad de Dios. Así, el pecado de Ananías y de su mujer, fue un pecado de irreverencia, un pecado en contra de la santidad de Dios. Pero la ira (respuesta divina al pecado) derivada de la santidad de Dios que se manifestó en la muerte de esta pareja, también originó temor en aquellos que habían oído de este incidente.

En la primera carta a los Corintios encontramos un texto interesante. Pablo reprende y amonesta a la iglesia por la mala conducta que algunos de ellos manifestaron durante la Cena del Señor. La iglesia recordaba al Señor, con una comunión, como parte de una comida, tal como vemos la Última Cena descrita en los Evangelios. Algunos tenían la posibilidad de llevar mucha comida y vino a esta cena, mientras que otros podían llevar muy poco o nada. Algunos podían darse el lujo de llegar muy temprano y otros tenían que llegar más tarde. Aquellos que traían mucho y que llegaban temprano, no deseaban esperar o compartir con el resto, por lo que comían y bebían en exceso. En el proceso, algunos se emborrachaban y hacían desorden, por lo que la conmemoración de la muerte del Señor era vergonzosa, muy parecida a las celebraciones paganas de sus vecinos en Corinto.

Pablo reprendió a los corintios, no debido a que tomaban la comunión en un estado de indignidad como individuos (la verdad es que nadie es digno) sino por hacerlo en una forma que no correspondía, de forma indigna. La mayor parte de los cristianos, supone que Pablo reprende a los corintios por compartir el pan y el vino como aquellos que son “indignos”, más que considerar que está prohibiéndoles compartir el pan y el vino de una forma impropia “indigna”. Nadie es digno del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor; pero podemos recordarlo de una forma que sea digna y adecuada.

Más adelante, Pablo dice que cuando los corintios comieron el pan y bebieron de la copa **“en forma indigna”**, fueron culpables tanto del cuerpo como de la sangre del Señor y al hacerlo, no **“disciernen el cuerpo del Señor”**. Continúa explicando que esta clase de conducta en la mesa del Señor, ha causado enfermedades en unos y muerte en otros. Leamos el texto:

1 Corintios 11:17-22

Al anunciaros esto que sigue, no os alabo, porque no os congregáis para lo mejor, sino para lo peor. En primer lugar, cuando os reunís como iglesia, oigo que hay entre vosotros divisiones; y en parte lo creo. Es preciso que entre vosotros haya divisiones, para que se pongan de manifiesto entre vosotros los que son aprobados. Cuando, pues, os reunís vosotros, eso no es comer la cena del Señor. Al comer, cada uno se adelanta a tomar su propia cena; y mientras uno tiene hambre, otro se embriaga. Pues qué, ¿no tenéis casas en que comáis y bebáis? ¿O menospreciáis la iglesia de Dios, y avergonzáis a los que no tienen nada? ¿Qué os diré? ¿Os alabaré? En esto no os alabo.

1 Corintios 11: 27-32

De manera que cualquiera que coma este pan o beba esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan y beba de la copa. El que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí. Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos han muerto. Si, pues, nos examináramos a nosotros mis-

mos, no seríamos juzgados; pero siendo juzgados, somos castigados por el Señor para que no seamos condenados con el mundo.

De acuerdo a como se pueden entender las palabras de Pablo, el pecado de los corintios en la mesa del Señor, fue irreverencia. El cuerpo de nuestro Señor —Su cuerpo físico y Su sangre— son santos. Él hizo un sacrificio sin tener pecado al morir por nosotros. El cuerpo de nuestro Señor, también es la iglesia por lo que ella también es santa. Al comportarse la iglesia en forma indebida, con exceso de vino y desordenadamente en la mesa del Señor, demostró tener un descuido por el cuerpo físico y espiritual de Cristo; es decir, la iglesia. La irreverencia ofendió a Dios en tal manera, que Él provocó enfermedades en algunos y muerte en otros. La irreverencia en la adoración es tanto un fracaso en la comprensión de la santidad de Dios como una afrenta a Su santidad. La irreverencia es un pecado de gran magnitud, con consecuencias espantosas. La santidad de Dios requiere que tomemos la adoración muy en serio y que no participemos de ella con frivolidad. Esto no significa que nuestra adoración no se haga con gozo, solemne o sombría. Simplemente significa que debemos observar seriamente la santidad de Dios y ser muy cautos en no ofender Su manifestación a nosotros con nuestra irreverencia.

6. La santidad de Dios y el cristianismo contemporáneo

La santidad de Dios no es simplemente una doctrina a la que demos nuestro consentimiento. Más bien, la doctrina de la santidad de Dios debería guiarnos y gobernar nuestras vidas.

6.1. La santidad de Dios es guía para la “aceptación de Dios”

Con frecuencia oímos a cristianos emplear la expresión ‘aceptación incondicional’. Pareciera ser que este término es aplicado primero a Dios y después a los santos. Razonan de la siguiente manera: ‘Dios nos acepta incondicionalmente, por lo que nosotros debemos aceptar a los demás incondicionalmente’. La dificultad con esto es que no es una expresión bíblica. Incluso peor, al parecer no es un concepto bíblico. Dios no nos acepta ‘sin tomar en cuenta lo que hagamos’. Observemos a la nación de Israel. Debido a su pecado reiterado, Dios dijo que ya no eran Su pueblo (ver Oseas 1). Dios no aceptó a Caín ni a su ofrenda (Génesis 4:5). *Dios sólo nos acepta a través de la sangre derramada de Jesucristo*, de manera que incluso los cristianos no son aceptados incondicionalmente, sin considerar sus actitudes y acciones. La santidad de Dios indica que Él no acepta lo que no es santo. En realidad, todo lo que Dios acepta de nosotros es lo que Él produce en y por medio nuestro. Hablar en una forma demasiado irreflexiva, al parecer estimula una vida descuidada y desobediente. La iglesia no puede ‘aceptar’ a aquellos que profesan ser cristianos; pero que viven como paganos:

1 Corintios 5:9-13

Os he escrito por carta que no os juntéis con los fornicarios. No me refiero en general a todos los fornicarios de este mundo, ni a todos los avaros, ladrones, o idóla-

tras, pues en tal caso os sería necesario salir del mundo. Más bien os escribí para que no os juntéis con ninguno que, llamándose hermano, sea fornicario, avaro, idólatra, maldiciente, borracho o ladrón; con el tal ni aun comáis, porque ¿qué razón tendría yo para juzgar a los que están fuera? ¿No juzgáis vosotros a los que están dentro? A los que están fuera, Dios los juzgará. Quitad, pues, a ese perverso de entre vosotros.

Debemos disciplinar y echar a quienes se rehúsan vivir como cristianos. La iglesia debe ser santa y esto significa que debe eliminar la ‘levadura’ que hay en ella. Dejemos que aquellos que enfatizan la aceptación incondicional, examinen estas palabras:

Apocalipsis 3:14-16

Escribe al ángel de la iglesia en Laodicea:

»“*El Amén, el testigo fiel y verdadero, el Principio de la creación de Dios, dice esto:*

»”*‘Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.*

6.2. La santidad de Dios nos indica a quién debemos dar cuentas

El concepto de ‘dar cuenta’ ha sido, de forma inadecuada, importado del mundo secular. Siempre hay que dar cuentas el tema es a quién. La iglesia a veces habla más de rendir cuentas a los hombres que a Dios. No nos olvidemos a quién debemos dar cuenta:

Mateo 12:36

Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio.

Romanos 14:12

De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí.

1 Pedro 4:4-5

A estos les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo desfreno de disolución, y os ultrajan; pero ellos darán cuenta al que está preparado para juzgar a los vivos y a los muertos...

6.3. La santidad de Dios debe gobernar nuestros pensamientos

Los creyentes hablamos de encontrar nuestra autoestima en Cristo, cuando, por el contrario, el encuentro que tuvo Isaías con la santidad de Dios, le hizo decir:

Isaías 6:5

Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.

Según parece toda nuestra orientación está equivocada y vamos a Cristo más para sentirnos mejor con nosotros mismos que por caer delante de Él humillados y ver Su santidad. Nuestros corazones debieran sentirse llenos de gratitud y alabanza por la gracia que Él ha derramado sobre nosotros.

Hay que observar el temor y asombro con los cuales, tal como en forma reiterada lo indican las Escrituras, los hombres fueron conmocionados y trastornados cada vez que contemplaron la presencia de Dios. Los hombres nunca son tocados ni impresionados debidamente con una convicción verdadera, hasta que no se hayan visto enfrentados con la majestad de Dios.

6.4. La santidad de Dios debiera prevenirnos del evangelismo liviano “light”

El movimiento contemporáneo “crecimiento de la iglesia” podría recomendarse en algunos aspectos. Sin embargo, pareciera ser que en su intento por evangelizar, los ‘buscadores’ comportándose como ‘buscadores amistosos’, no toman con la seriedad suficiente, la santidad de Dios. Preguntémonos, ¿Cómo puede una iglesia dedicar el servicio principal (Domingos en la mañana) al evangelismo cuando su tarea fundamental es otra, tal como hacía la iglesia primitiva:

Hechos 2:42

Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones.

Pongámoslo de otra forma, ¿cómo puede la iglesia dedicarse al evangelismo en su servicio principal, cuando la tarea más importante es adorar y edificar? Más aún, ¿cómo se puede invitar a un no creyente a participar en la adoración siendo lo que es? La Biblia enseña que no existe este tipo de ‘buscadores’:

Romanos 3:10-12

Como está escrito:

«No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.

Aquellos que serán salvos, son los escogidos cuyos corazones serán tocados por el Espíritu Santo, cuyas mentes serán iluminadas por Él. Para los que están muertos en sus pecados, Él es el único capaz de hacer que vivan:

Efesios 2:1-7

Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia. Entre ellos vivíamos también todos nosotros en otro tiempo, andando

en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos; y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos). Juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús...

Nadie a quien Dios haya elegido y en quien el Espíritu está haciendo Su obra, deja de ir a Él, por lo tanto, ¿por qué la necesidad que los no creyentes asistan a la iglesia? Los que eran salvos se unieron a la iglesia, según el Libro de los Hechos y los que no creyeron, se mantuvieron alejados. Con todo ese énfasis puesto en el crecimiento de la iglesia, pareciera que se pone poca atención a la iglesia que disminuye debido a la falta de disciplina y a la poca devoción en proclamar y practicar la santidad de Dios. Cuando Dios hizo que Ananías y Safira se desplomaran muertos, los no creyentes no se acercaron en masa a la iglesia, sino que todos llegaron a temer a Dios, lo que fue bueno. Si el temor del Señor es el comienzo de la sabiduría, entonces la santidad de Dios no debe ser ignorada. La santidad de Dios hará que algunos se alejen; pero conducirá a los elegidos a la cruz.

Tanto Isaías como Pablo estaban muy conscientes de la santidad de Dios. Este conocimiento hizo que estuvieran más interesados en complacer a Dios que a los hombres. Pablo no suavizó su mensaje ni usó métodos inadecuados o irreverentes en su evangelio, en relación con la santidad de Dios. Los hombres elegidos y salvados por Dios, no necesitan ser salvados por medio de métodos de marketing. La iglesia que está consciente de la santidad de Dios, proclamará, practicará y protegerá un evangelio puro.

6.5. La respuesta adecuada a la santidad de Dios es el temor (reverencia) y del temor es la obediencia

Las Escrituras hablan de la santidad de Dios y del temor que produce en los corazones de los hombres. Hay una fuerte relación entre el temor (o reverencia) y la obediencia.

El temor del Señor es el resultado de estar conscientes de Su santidad. Por lo tanto, también es la fuente de todo lo que es bueno. El temor es el comienzo del conocimiento y hace que odiemos el pecado. También es la base para tener una confianza firme y es fuente de vida. La santidad de Dios es la raíz de muchos frutos maravillosos, que manan de un corazón que ha llegado a reverenciar a Dios como el Santo Único.

6.6. La santidad de Dios es la base para nuestra santificación

La santidad de Dios es la razón por la que también a nosotros se nos ordena vivir vidas santas:

1 Pedro 1:14-19

Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia, sino, así como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir, porque escrito está: «Sed santos, porque yo soy santo.»

Si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación, pues ya sabéis que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir (la cual recibisteis de vuestros padres) no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación.

Porque Dios es santo, nosotros que somos Su pueblo, también debemos ser santos. Nuestro llamado es la santidad. Debemos practicar y proclamar al mundo Sus excelencias y lo prominente entre las excelencias de Dios, es Su Santidad.

6.7. La santidad de Dios hace que el evangelio sea una gloriosa necesidad

El pensar en la santidad de Dios y en la del Señor Jesucristo (sin excluir al Espíritu Santo), nos hace estremecernos por la cruz del Calvario. La agonía de Jesús en el Jardín de Getsemaní debería llevarnos a considerarla en términos de que Él tenía que enfrentar la ira del Padre, la ira que todos nosotros merecemos. Este estudio de la santidad de Dios, nos revela la aversión que tiene un Dios santo hacia el pecado, hacia nuestro pecado. Y, sin embargo, a pesar del desprecio hacia el pecado que un Dios santo tiene, el Señor Jesucristo tomó todos los pecados del mundo sobre Sí mismo y fue al Calvario. Jesús no sólo estaba agonizando por la ira del Padre. Estaba agonizando sobre el pecado que Él tenía que llevar por cuenta nuestra. ¡Qué Salvador tan maravilloso!

7. En conclusión

Si la santidad de Dios provoca en nuestras vidas lo que hizo en la vida de aquellos hombres como Isaías, de quien leímos en la Biblia, tomaremos más conciencia de la profundidad de nuestros pecados y de nuestra desesperada necesidad de perdón. Sin santidad, no podremos entrar al cielo de Dios. En Su santidad, Dios proveyó para nuestros pecados. Por la muerte sacrificial en la cruz del Calvario, Jesucristo cumplió la sentencia derivada de nuestros pecados y por lo tanto, hizo posible que compartamos Su santidad. Cuando reconocemos nuestro pecado, nuestra injusticia y confiamos en la muerte de Cristo por nosotros, volvemos a nacer. Nuestros pecados son perdonados. Nuestra impiedad es limpiada. Llegamos a ser hijos de Dios.

Hoy en día podemos escuchar el llamado que Jesús nos hizo desde la cruz hace más de 2,000 años. Su invitación es abrumadora y adecuada, nos cambia Su perfecta santidad por nuestros pecados, de forma tal que podamos presentarnos ante el Padre “revestidos de la santidad de Jesús” mientras que Él carga con la maldición de nuestros pecados y con sus consecuencias... la ira de Dios. Esa es una invitación que conviene aceptar, ese es un pacto que conviene firmar... Su santidad por nuestros pecados. Digamos entonces como dijo Pablo:

1 Timoteo 6:13-16

Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato, que guardes el mandamiento sin mancha ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo.

Aparición que a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible y a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver. A él sea la honra y el imperio sempiterno. Amén.

Basado parcialmente en el artículo “La santidad de Dios” publicado por Bob Deffinbaugh.
Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995